

## La vocación europeísta de Peñaflorida

J. Ignacio Tellechea Idígoras  
RSBAP. Universidad Pontificia. Salamanca

El año 1763, en las Juntas generales de Guipúzcoa celebradas en Villafranca, el Conde de Peñaflorida, D. Xavier María de Munibe, presentaba en las mismas un *Plan de una Sociedad económica o Academia de agricultura, ciencias y artes útiles y comercio, adaptado a las circunstancias y economía particular de la M.N y M.L Provincia de Guipúzcoa*. Su amplio texto mereció ser impreso como apéndice al Registro de las Juntas de aquel y por ello mismo ha sido poco accesible al público y olvidado. Lo reedité en 1985 bajo el patrocinio de las renovadas Juntas generales de Guipúzcoa, con el apoyo entusiasta del Amigo del País D. Javier Aizarna Azula, entonces Presidente de las dichas Juntas. Tal Plan representaba el proyecto originario del Conde, limitado a Guipúzcoa y con características muy peculiares, cuyo análisis no es pertinente en este momento. En el prefacio que antecede al Plan y como justificación del mismo podemos leer esta frase: "Al establecimiento de las Academias y Sociedades de Literatos deben las Ciencias el estado floreciente en que se miran hoy en nuestra Europa". A quienes hoy hablamos de Europa, de ingresar en Europa, de ampliar Europa, no puede menos de sorprendernos la naturalidad con que Peñaflorida alude sencillamente a NUESTRA EUROPA. Con ello manifiesta su conciencia viva de pertenencia a esa realidad compleja y plural que llamamos Europa, con su unidad fundamental por encima de contrastes y diferencias, de dependencias seculares, de mapas cambiantes, de antagonismos, de guerras incesantes entre sus países componentes. Cuando Peñaflorida estampaba esa frase tenía solamente treinta y cuatro años. Procedente de San Andrés de Echevarria, cerca de la villa vizcaína de Marquina y afincada una de sus ramas en la villa guipuzcoana de Azcoitia, perdida entre montañas, ¿de dónde pudo surgir esta conciencia europea en

nuestro Peñafiorida? Es verdad que su abuelo había sido Gobernador de la posesión española de Cambrai y que de allí trajo el modelo para construir su mansión en Marquina. Mas, el origen inmediato de esta conciencia europea tiene que ver con el paso de Peñafiorida por esta ciudad en que nos encontramos, con Toulouse. No es el único guipuzcoano que sigue este camino. Su pariente Idiáquez pasó por Burdeos, sus paisanos Olaso y Barroeta pasaron también por Toulouse. Iniciado en las primeras letras por los jesuitas del Colegio de Azcoitia, fueron sin duda ellos los que canalizaron las aspiraciones de estos nobles hacia otros Colegios jesuíticos de Francia: concretamente a Burdeos y Toulouse.

La mejor biografía de Peñafiorida y su obra se debe a la pluma del ilustre jesuita P.Joaquin Iriarte, hombre de vasta cultura y fina sensibilidad que dedicó sus últimos años en el retiro de Loyola a biografiar al Conde fundador de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, la mayor y más interesante empresa cultural emprendida por vascos. En Loyola me habló de su paciente trabajo y de Loyola rescaté sus papeles para cuidar la edición póstuma de su interesante obra. Acaso la parte más novedosa de la misma constituyan los capítulos dedicados al paso de Peñafiorida por Toulouse, de la que me serviré seguidamente. En efecto, esta aventura psicológica y cultural del niño trasterrado que saltó del valle recogido de Azcoitia a la gran ciudad imprimió caracteres indelebles a su vida, llamados a tener gran fecundidad. Nacido en 1729, sólo once años tenía cuando pasó al internado jesuítico de la capital de Languedoc, convertida en ciudad universitaria y parlamentaria. El Colegio de jesuitas era antiguo, con aglomeración de varios edificios en torno al palacio Bernuy. Colegio de gran tradición, sólo inferior al de París (de Clermont, luego de Louis le Grand) y al de la Fleche de Anjou. Toulouse podía competir con los análogos de Lyon, Marsella y Burdeos y estaba agregado a la Universidad, con sus profesores de Teología, Filosofía, Matemáticas y Humanidades. Funcionaba en él al completo la célebre *Ratio studiorum* jesuítica.

Allá llegó el adolescente Peñafiorida en 1740 para pasar en él seis años, justamente los años de la mejor época del Colegio en su ya larga historia. La magnífica obra del P. Delatre, *Les établissements des Jesuites de France depuis quatre siècles* nos proporciona abundante información sobre el estado del Colegio por aquel entonces. Varios de los profesores que se mencionan con honor lo fueron de Peñafiorida, y de ellos se habla en las cartas que se cruzara años después con sus antiguos maestros. Entre ellos hay matemáticos y geómetras, naturalistas, geógrafos, lingüistas, filósofos. En el Colegio se cultiva la Lengua y Literatura, el teatro, y no menos la música. Allí pudo escuchar la de Vivaldi, Scarlati, Pergolesi, Monteverdi, que más tarde cultivará con sus amigos de la Real Sociedad Bascongada. Peñafiorida se entregó con método y disciplina y bajo la dirección de buenos profesores, primero a las Humanidades (1740-3) y luego a la Filosofía (1743-6), todo ello según los planes jesuíticos y en régimen de internado. Dificilmente puede suponerse que tuviera directamente que ver con la Academia de Ciencias, Inscripciones y Artes; sí con la Academia selecta que funcionaba en el mismo Colegio. En Humanidades consta que tuvo como

profesores a los PP. Dezeuzes y Badon, en Filosofía a los PP.Salet y Durfort, en matemáticas al P.Fontenilles. El director del pensionado era el P.Charron, y en él había unos 60 pensionistas. Cultiva inicialmente el latín y el francés, historia y geografía, matemáticas y rudimentos de ciencias. Asiste a exhibiciones de lengua latina y francesa, alguna vez de la griega, a torneos y juegos florales, a la representación de dramas, a concertaciones entre alumnos, a actos literarios solemnes. El poso que deja en su espíritu esta sólida formación humanística no desaparecerá mas tarde bajo su afán preferente por las ciencias, sobre todo las ciencias útiles, como se las llamaría en el tiempo.

Los tres años de Filosofía (1743-6) con la Lógica, Metafísica, Teodicea, mas también con Matemáticas y Física, teórica y experimental, conforman su espíritu abriéndolo a nuevos horizontes. Entre sus profesores destaca el regio P.Salet, así como los matemáticos Cavallery y Fontenilles. Peñaflorida culminó sus estudios con el doctorado (1746) en acto presidido por el Presidente del Parlamento en representación del Rey de España. Peñaflorida tenía 17 años escasos, como Bacon, Leibnitz o Newton cuando terminaron sus estudios generales.

La muerte inesperada de su padre le obligó a cortar sus estudios, a volver a su villa de Azcoitia, a contraer matrimonio, a iniciar una nueva etapa en su vida. Pronto sería alcalde de Azcoitia, Diputado provincial, padre de numerosos hijos. Su palacio se transformó en canáculo de tertulias cultas entre amigos, que pronto alcanzaron un carácter organizado. A ellas concurren los Narros, padre e hijo, el marqués de Montehermoso José María Aguirre, Areizaga, Hurtado de Mendoza, Altuna Portu, el viajero por Europa y amigo de Rousseau, y otros. Algunos, entre otros el propio Narros, han querido ver en estas reuniones los orígenes de la posterior Academia, que remontaría así al año 1748. Mas las citadas tertulias, en que los lunes se hablaba de matemáticas, los martes de física, los miércoles de historia y de traducciones de los participantes, los jueves de música y se hacía algún concierto; los viernes, de geografía, los sábados se dedicaban a asuntos del tiempo y los domingos se dedicaban a la música; las citadas tertulias, digo, no son sino orígenes remotos de la Sociedad. Y ello lo sabemos por el propio Peñaflorida, que nos dice el momento en que en su ánimo brotó la idea de una Academia, precisamente en una carta dirigida a Toulouse, a sus antiguos profesores amigos, a los que acude en busca de orientación y ayuda. La carta es del 29 de mayo de 1753 y está escrita en Azcoitia. Como tantas otras la descubrió y dio a conocer el benemérito e infatigable Julio de Urquijo y la comenta ampliamente el ya citado P. Iriarte. En ella evoca su paso por el Colegio algunos años antes y los nombres de algunos profesores, concretamente los de los PP. Charron, Salet, Cavallery, y se atreve a interrumpirles en sus ocupaciones por un motivo expreso:

•Estoy demasiado persuadido de vuestras ocupaciones para atreverme a interrumpirlas. Por lo cual no hubiese jamás sabido resolverme a tomar esta libertad, sin

un pequeño proyecto literario que he concebido desde hace algunos días, del que quisiera daros una idea para saber vuestra opinión.

El proyecto, pues, de una Academia data de 1753.

El incentivo de tal proyecto es el haber comprobado el atraso de España en punto a Ciencias, y por otra parte, obviamente el recuerdo del panorama descubierto por él en Toulouse unos años antes:

“Sabe v.m. mejor que nadie, mi Reverendo Padre, el estado lamentable en que se encuentra nuestra nación en punto a Ciencias y Bellas Artes, pero sobre todo en cuanto a la Física, de la que apenas se conoce más que el nombre. En verdad que no deja de haber algunos particulares que, habiendo adquirido sus conocimientos entre los extranjeros [uno de ellos era él mismo] y otros que sin salir de su gabinete han aprendido a traducir del francés, se dan a la lectura de los autores extranjeros; pero hay mucho más de aquellos que por no entender ninguna lengua extranjera, se encuentran sumidos en una profunda ignorancia”.

Más tarde habla de la conversación mantenida al respecto con un joven marqués, que no es el de Narros, sino el de Montehermoso. Al abrigo de tales conversaciones se encendió en Peñaflorida un viejo deseo que tenía de contribuir a remediar tal situación, y comenzó a pensar en ello. Semejante empresa desbordaba las posibilidades de los dos jóvenes amigos, y por ello optaron por componer un extracto de Física de algunos buenos autores extranjeros. Poseían ya las obras de Nollet, Regnaud, Sgravesende, las *Institutions de Phisique* de Madame Chevelet, Polinière y otros. Quiere información sobre más autores y desea que el jesuíta le envíe a Bayona sus obras y algún catálogo sobre la materia para ulteriores pedidos. Poseían ya en Azcoitia, algunos instrumentos para un laboratorio de Física: una cámara neumática, algunos microstopios, etc... La formalización de la Academia se inició hacia 1754, con un discurso de Peñaflorida sobre la divisibilidad de la materia, tema que había cultivado en sus años de Toulouse. El público lo constituían gentes de la comarca y caballeros de Marquina, Oñate, Vergara, Azpeitia, etc... Había nacido una Academia local, que seguía el modelo de la de París. Con el tiempo conocería otras más.

En efecto, pocos años después, en el Prefacio del ya citado Plan de 1763, menciona como ejemplos conocidos el de la Sociedad de Dublin, Academias inglesas y escocesas, iniciativas similares de Suecia, Cerdeña, Dinamarca, Noruega, Florencia, Berna, Metz y numerosas de Francia, entre las que destaca la de Bretaña, la de París, Lyon, Burdeos. Ahora no es solo la Física lo que le interesa, sino la Agricultura, el Comercio, la Industria... A pie de página nos encontramos con citas de *L'ami de l'homme, de la Police des grains, del Essai sur l'amélioration des terres, Ecole d'Agriculture, Etablissement d'une Societé de Agriculture par les Etats de Bretagne, Précis des experiences faites par ordre du Roy à Trianon, etc...*

La apertura a Europa es evidente y fruto de su paso por Toulouse y de sus posteriores contactos con sus profesores tolosanos. Sueña con colmar el vacío de la ig-

norancia, piensa en contribuir eficazmente a la mejora de la situación, se inspira en modelos extranjeros. Mas no es un esclavo del mimetismo ni un cosmopolita. Ama a su tierra y con enorme realismo piensa en que cada País forme una Academia “adaptada a sus circunstancias particulares”, en su caso Guipúzcoa, estéril y pobre por su terreno, pero rica en hombres industriosos y hábiles, amantes del progreso de su patria, aplicados a buscar y averiguar los medios.

Lo ha subrayado acertadamente J.Goulemot: Peñaflorida se inspira en las Academias de provincias de Francia: Burdeos, Béziers, Pau, Toulouse, porque ellas le ayudan a situarse en su entorno inmediato y concreto –las “circunstancias particulares”–, a arraigar en él, en la realidad social y económica concreta, a implantar una política de utilidad alcanzable y no teórica. No es mimetismo formal y exterior, sino delicada operación de trasvase. Peñaflorida es un europeo... pero en Azcoitia y para Guipúzcoa; y un año más tarde, con motivo de una reunión ocasional de la nobleza vasca en Vergara, para todo el País Vasco. Importa métodos y caminos acomodados a su tierra, y sueña con movilizar a aristócratas y artesanos, al pueblo entero, para un proyecto ilusionante, que acerque más a Europa a sus paisanos, a eso que él ha percibido y ama como “notre Europe”. La Pedagogía va a ser preocupación suya fundamental: una pedagogía capaz de educar y mover al pueblo, y una pedagogía singular por sus contenidos y métodos para educar a los selectos, futuros motores del pueblo, que acogerá en la institución por él creada, sostenida y mimada, el Seminario de Vergara.

No voy a tratar de su proyecto definitivo, el de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, a la que asoció a no pocos franceses, que hoy conocemos mejor gracias al *V Seminario de Historia de R. Sociedad Bascongada* (Madrid 1999), dirigido por Monserrat Gárate, con los trabajos de Goulemot, L. Caillet, M. Lafourcade, Y. Dahan, X. Abeberry, J. M. Roldán, L. Odriozola, E. de Felipe, Palacios, Oñate, M. T. Gabarain, Llombart, Gorrochategui, Debrú, G. Anes, etc... Sí quiero destacar que Peñaflorida, que no fue un genio ni un sabio, fue un sembrador de inquietudes, un educador con perspectiva popular y aristocrática a la vez, un gran organizador capaz de sumar, no restar; de conciliar voluntades, de crear un talante innovador. Su vocación europeísta proyectiva, desde su raíz y experiencia, desde su espíritu abierto y fácil para los contactos, que le mereció la estima de un monarca ilustrado como Carlos III, lo convierte en un hombre actual, digno de imitación, no en la reiteración de su obra, marcada por la circunstancia de su tiempo, sino en su talante ejemplar, su nuevo espíritu, ese que Ortega y Gasset definió como un “ir del terruño hacia la más amplia unidad que no abandona aquel, sino que lo transporta hacia una forma superior de ser hombre”. Lo cual es ejemplar también para estos momentos de reconstrucción de “nuestra Europa”.